

propuestas
para un proyecto argentino



Publicación del Instituto para el Modelo Argentino Nº10
Basavilbaso 1378, 3° "H" - (54 11) 4328 3923 - www.sitioima.com.ar - correo@sitioima.com.ar

OCTUBRE ES LO SOCIAL

POR JOSÉ LUIS DI LORENZO *

Si se quiere cambiar el rumbo hay que retomar el pensamiento estratégico, postergando disidencias no sustantivas, para poder concentrarnos en los acuerdos, lo que exige una dirigencia política madura y con conciencia nacional.



Octubre es un mes lleno de simbología, que nos conduce a aquel 17 de Octubre de 1945 y a la década del último Proyecto Nacional (inconcluso), el de la Justicia Social. A otra Argentina: productiva, con empleo, salarios justos, protección a la niñez y la ancianidad, acceso a la salud, a la educación, a la vivienda; avanzando en la integración continental a partir del ABC (Argentina - Brasil - Chile); la del ideario de la unidad para evitar la dominación.

Octubre representa el triunfo de Perón sobre Braden, de la Argentina sobre la imposición colonial norteamericana; la tercera posición; la cancelación de la deuda externa (con la Baring Brothers); la protección de nuestros recursos naturales, la titularidad de los servicios públicos; la vigencia de políticas soberanas.

Pero Octubre tuvo su septiembre (el de 1955), y su marzo (el de 1976). Vale intentar ver cómo y para qué se gesto esa contracara que nos sumergió en el infierno del que queremos salir.

Dar vuelta la historia y conculcar los derechos ciudadanos como se hizo a partir de la sedición requirió contar con una sociedad dividida, lo que se logró acentuando lo formal sobre lo real, la estética sobre la ética, agitando el árbol para que no se vea el bosque, apelando a sofismas y al fraude comunicacional.

La Constitución de 1949, su trámite y su derogación de facto, resulta un caso ejemplar de cómo el cuestionamiento formal fue funcional a que se nos quitaran importantísimos derechos a todos los argentinos. Durante su trámite, los opositores a la reforma constitucional cuestionaron el quórum para la votación (si dos tercios del Congreso o dos tercios de los presentes), crítica que terminó siendo la justificación (confesa) de su posterior derogación por el golpe de Estado de >>>

Este ejemplar acompaña la edición de Página/12 del 4 de octubre de 2004

VOLUNTAD POLITICA PARA EL CAMBIO

POR ALFREDO CARAZO *

No es nostálgico plantear el protagonismo determinante que tuvieron los trabajadores en las jornadas de octubre. Como no lo es la otra Argentina, la del trabajo y el estado de bienestar.



El '45 tuvo que ver con la voluntad política. De uno y otro lado. Un pueblo asumió la necesidad de un cambio y un líder lo interpretó. Tan simple y tan complejo a la vez, mirado desde la comunicación establecida en aquel 17 de Octubre, pero sobre todo porque tuvo que ver con las promesas cumplidas. Después pasaron a formar parte del arcón de los recuerdos. Los trabajadores salieron a la calle mientras sus dirigentes en la sede de la CGT discutían qué hacer y sólo atinaron a actuar sobre los hechos consumados, lo que los terminó deslegitimando. No fue la primera ni la última vez. La historia del movimiento sindical está plagada de lealtades y traiciones, pero la del movimiento de los trabajadores persiste en la comunión de un pensamiento propio, de principios y valores que lo distinguen.

Desde el balcón de la Casa Rosada y recordando las reuniones que venía manteniendo con algunos trabajadores, Juan Domingo Perón admitió que "siempre he sentido una enorme satisfacción, pero desde hoy sentiré un verdadero orgullo de argentino, porque interpreto este movimiento colectivo como el renacimiento de una conciencia de trabajadores, que es lo único que puede hacer grande e inmortal a la Patria. Muchas veces me dijeron que ese pueblo al que yo sacrificara mis horas de día y de noche habría de traicionarme. Que sepan los indignos farsantes que este pueblo no engaña a quien lo ayuda". Y no lo traicionó.

Perón sabía como el que más a quiénes y a qué apostaba. Como después diría Raúl Scalabrini Ortiz, quienes llenaron la plaza "eran el subsuelo de la patria sublevado. Eran el cimiento básico de la Nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto. Eran el sustrato de nuestra idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas allí presente en su primordialidad sin reatos y sin disimulo".

Bien mirado en el tiempo, para no fracasar las revoluciones sólo las pueden protagonizar los de abajo. Lo demás es cuestión de alianzas estratégicas hasta alcanzar la mejor relación de fuerzas y de poder. Si las estructuras sindicales aparecen desacomodadas en la fórmula entre proyecto y poder, verdad con historia, dejan de ser representativas y hasta pueden convertirse en instrumentos nocivos. Lo mismo ocurre con los dirigentes. No es nostálgico plantear el protagonismo determinante que tuvieron los trabajadores en las jornadas de octubre. Como no lo es la otra Argentina, la del trabajo y el estado de bienestar. Es legítimo concluir en la permanente necesidad de construir un movimiento de los trabajadores con voluntad política de reivindicar otro modelo de país. Y discutirlo además de pensarlo.

En el mundo, las luchas obreras dieron paso a un sindicalismo revolucionario a medida que se fue entendiendo la necesaria reivindicación política porque sin derechos y libertades políticas no hay libertades ni derechos de los trabajadores. Y en la Argentina desde el anarco-sindicalismo y el socialismo se terminó confluyendo en un poder protagónico que nunca fue aceptado por la reacción. El poder social de los trabajadores en la perspectiva histórica ha sido el más golpeado, no sólo en las dictaduras de la Libertadora o de la Seguridad Nacional, sino también en democracia, y sigue inconclusa una revolución nacional encarnada en aquella verdad según la cual "en la nueva Argentina el trabajo es un derecho que crea la dignidad del hombre; y es un deber porque es justo que cada uno produzca por lo menos lo que consume".

Las conquistas de los trabajadores después del '45 no fueron gratis como se pretende hacer aparecer la política instrumentada por Perón. Hubo avances y retrocesos y también una fuerte y férrea oposición por parte de los empresarios y hasta de algunos dirigentes sindicales. Los primeros veían perder su poder omnímodo, que terminaron recuperando más de cuatro décadas después con la conculcación de derechos de los trabajadores, mientras que los otros vieron disminuir rápidamente sus posiciones en algunos sindicatos al exponerse como retardatarios. Fueron tiempos de nuevas organizaciones sindicales que emergieron como una corriente incontenible de protagonismo, y que incluso años después comenzaron a mirar hacia el resto de América latina, al constituirse en 1952, en México, el Atlas –la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas– una expresión intermedia entre la Confederación de Trabajadores de América Latina, de tendencia comunista y la Organización Regional Interamericana de Trabajadores, por entonces con fuerte influencia de la central norteamericana AFL. Fue la primera iniciativa del movimiento sindical argentino para organizar a los trabajadores latinoamericanos. A la CTAL se le sumó en el país el Movimiento pro Unidad y Democratización de los Sindicatos, mientras que la ORIT logró tener su representación argentina en el Comité de Acción Sindical Independiente, en ambos casos opuestos al peronismo.

Desde estas dos vertientes habían surgido casi idénticas percepciones de la Plaza del 17 de Octubre. Porque para el Partido Comunista se trataba de "bandas armadas obedeciendo a un plan de acción dirigido por un coronel y sus asesores nazis", mientras que para Serafino Romualdi, por entonces dirigiendo a la central sindical norteamericana, American Federation of Labor, había "unos pocos obreros engañados, policías vestidos de civil, fanáticos nacionalistas, nazis y fascistas, empleados públicos bajo órdenes de Perón, militares y personajes de los bajos fondos de ambos sexos". Curiosa coincidencia reflejada poco después en la Unión Democrática.

Casi seguro habrá que bucear en la mirada que los trabajadores tienen hoy de sus organizaciones sindicales. Los que tienen empleo y los que no lo tienen. Los primeros porque necesitan reforzar la percepción de que no han dejado de ser una herramienta de cambio social, y los expulsados del sistema porque es necesario que se reconozcan en un espacio de solidaridad. Si no es así, si esta conjunción no cristaliza, la crisis del movimiento sindical se agudizará mucho más de lo que exhibe. Está en juego mucho más que un aumento salarial, porque durante décadas no hubo duda de que los trabajadores se constituyeron en la columna vertebral del movimiento nacional y popular, pero esa percepción terminó siendo interpelada toda vez que fue derrotada primero por la dictadura militar y seguidamente por el modelo neoliberal. La única vía posible para recuperar el protagonismo hoy por hoy es volver a discutir y plantear, como antes y en alianza estratégica con otros sectores, cuál es el modelo de país en el que quieren vivir los trabajadores. Por lo menos éste no, decididamente ■

* *acarazo@sitioima.com.ar*

>>> 1955. El trasfondo y la realidad era otra. La oligarquía no podía admitir que se consolidaran constitucionalmente los derechos sociales conquistados por el Pueblo.

Los cincuenta y cinco años transcurridos nos permiten evitar discutir obviedades aprendiendo de los resultados, para lo que es suficiente pasar revista escudriñando sobre qué paso con nuestros niños, con la educación, con la salud pública, con los mayores, con las jubilaciones, con el empleo, con la vivienda, con el nivel de los salarios, con los recursos naturales, con los servicios públicos, con el endeudamiento externo, con la soberanía política, con la independencia económica. Desde allí es posible concluir que en realidad se querían quedar con lo que nos correspondía a casi tres tercios de los argentinos. Mientras aún perduran los ecos de aquellas polémicas formales que dividieron a la sociedad, lo desprotegido, los derechos ciudadanos (el fondo de la cuestión) que quedaron a merced de los depredadores, son causa y efecto de nuestro actual sometiendo y dependencia. Los datos hablan por sí mismos.

Sofismas hubo y los hay variados. La técnica consiste en quebrarnos la voluntad. Arguyendo que los cambios son los que la eficiencia exige, que el Estado no puede gastar, que achicar el Estado es agrandar la Nación, que cada uno según el caso es responsable de lo que le pasa, si es jubilado y gana poco por imprevisor, si está desocupado por incapaz o poco esforzado, y así siempre aparece un "por algo será".

En aquel octubre algunos pretendían que pagar las vacaciones y el aguinaldo a los trabajadores (como se hizo) era imposible, porque las empresas iban a quebrar. Sin embargo no sólo no quebraron sino que además se beneficiaron con el crecimiento económico del país. Hoy se dice que la Argentina es pobre y que más no se puede esperar, obviando que en los últimos 20 años el quintil más rico se apropió por encima de sus necesidades de consumo (suntuario) de 580.000 millones de dólares convertibles. En la Argentina de la Justicia Social el trabajador accedía al 50 por ciento de la riqueza producida, en tanto en la actual recibe menos del 20 por ciento. No se trata de falta de recursos, simplemente es una injusta distribución de la riqueza existente.

Mediante el engaño se nos somete. Reiteradamente se utilizan denominaciones que esconden los verdaderos objetivos e intenciones. A la precarización del empleo se la denominó ley de "flexibilidad laboral"; a no cumplir con los ajustes por movilidad en los haberes de los jubilados se lo llamo "solidaridad previsional"; al incumplimiento de la Constitución y las leyes "industria del juicio".

En igual línea se denomina "neoliberalismo" al viejo liberalismo, que nada tiene de nuevo, o en realidad lo único nuevo consiste en que vuelve a apropiarse (como siempre lo hizo) de lo que es de muchos para que se lo queden muy pocos. Es ese barniz de "modernidad" el que oculta con bastante éxito a los depredadores de



OCTUBRE ES LO SOCIAL

siempre, que logran convertir cada necesidad en un negocio propio.

Un caso emblemático es el de nuestros jubilados. A un millón cuatrocientos mil trabajadores se les confiscaron 89.000 millones de dólares convertibles durante 21 años al haberle negado arbitrariamente la movilidad de sus haberes, quitándoles en promedio 252 pesos por mes a cada uno; mientras por otro lado el descontrol estatal facilitó la fuga de capitales al exterior estimada en una cifra similar (unos 88.000 millones de dólares convertibles) entre 1976 y 1998. Se privatizó el sistema previsional porque se decía que el déficit de 200 millones de pesos mensuales era impagable, y al día siguiente de creadas las AFJP igual cifra paso mensualmente de las arcas del Estado a las del nuevo sistema de capitalización.

Luego que las AFJP embolsaran en concepto de comisiones unos 10.000 millones de dólares convertibles, 10 años después de su creación en la Argentina, paradójicamente el Banco Mundial acaba de descubrir que el sistema ha fracasado y se debe volver a sistema estatal público. De esto se ha tratado y se trata, de apropiarse de los recursos sociales en la mayor extensión posible y por el máximo tiempo tolerable. Lo de los jubilados es sólo un ejemplo.

Cambiar el rumbo requiere retomar el pensamiento estratégico, postergando disidencias no sustantivas, para poder concentrarnos en los acuerdos, lo que exige una dirigencia política madura y con conciencia nacional. La política argentina deberá definir si trabaja para la gacetilla de prensa o para reconstruir la Nación.

El caso de la Constitución de 1949 debería ser aleccionador para que asumamos los problemas de fondo abandonando el facilismo de la discusión banal y formal, y el descrédito como método de destrucción. La Política, con mayúscula, es una construcción colectiva, de responsabilidad de quienes gobiernan y de quienes se preparan para su eventual turno. Los resultados de lo contrario están a la vista.

El Octubre que se rememora desde hace casi sesenta años es el de la obra realizada, que todavía persiste en nuestro País; el de la formación política de masas; el de la visión geopolítica espacial anticipada; el del modelo de país; el de la grandeza de la Patria; el de la felicidad de su pueblo. Para no añorar el pasado, volver a vivir en Octubre es hacer nuevamente realidad aquello de que DONDE HAY UNA NECESIDAD HAY UN DERECHO. Porque Octubre es lo social ■

* *jdilorenzo@sitioima.com.ar*

EJES PARA UN PROYECTO NACIONAL

- Un corredor energético en el Sur de América latina, junto con Bolivia, Brasil, Perú y Venezuela.
- Negociaciones para la creación de una empresa petrolera de América del Sur - PETROSUR.
- Recuperación de Marina Mercante de bandera argentina.
- Reactivación de los Astilleros Río Santiago y de la industria naval.
- Creación de la Empresa Nacional de Energía SA.
- Creación de AR-sat, empresa estatal de satélites con participación de capital privado, prioritariamente para construir un satélite nacional de telecomunicaciones.

ENTRE CAUCES Y CATACUMBAS

POR FRANCISCO JOSÉ PESTANHA *

Hay distintas miradas entre quienes comprendieron la magnitud histórica de las sensaciones y esperanzas populares puestas en juego el 17 de Octubre del '45 y las de los que la negaron, circunscribiéndola a un escueto episodio inverosímil y aleatorio.

Desde pequeño me han llamado poderosamente la atención los acontecimientos históricos que suelen modificar determinado orden establecido. El movimiento social que desembocó en el 17 de Octubre de 1945 fue nítidamente uno de ellos, en tanto modificó radicalmente el rumbo político e institucional de nuestro país. Mi interés suele orientarse, algunas veces, hacia las múltiples y divergentes actitudes que suelen confluir sobre ellos. En el caso que nos ocupa, por ejemplo, entre aquellas impulsadas por la convicción y la intrepidez, y aquellas determinadas por la necedad y el patetismo. Así, Eva Duarte, Cipriano Reyes, Fernando Mera y Darwin Passaponti aportaron la cuota de empeño y bravura que todo hito de esas características presupone, quedando la estulticia y la necedad, para todos los integrantes de aquella tristemente recordada "coincidencia" entre la Embajada estadounidense, los liberales, los comunistas, los socialistas, los conservadores, los radicales, los ultra-católicos, ciertos nacionalistas reaccionarios, los terratenientes, y gran parte de los empresarios e industriales. Me viene a la conciencia en este instante, y en representación de esa pérfida alianza, la figura del "primer diputado socialista" Alfredo Palacios.

Pero a la vez, mi atención suele desplegarse hacia las variadas y discordantes miradas que convergen sobre ese tipo de episodios. Respecto de esa jornada, por ejemplo, entre la perspectiva de aquellos que comprendieron la magnitud histórica de las sensaciones y esperanzas populares puestas en juego aquel día, y la de los que la negaron, circunscribiéndola a un escueto episodio inverosímil y aleatorio.

Puedo entonces rememorar, por un lado, aquellas lúcidas miradas de quienes nos precedieron en esta pasión nacional y recordar ese "subsuelo de la patria sublevada" con el que Raúl Scalabrini Ortiz pretendió describir a esa multitud que "asomaba por primera vez en su tosca desnudez original"; o tal vez esa "muchedumbre abigarrada" que, según Hernández Arregui, marchó como "un sonámbulo invulnerable" a rescatar a su líder; o quizá a la "Argentina invisible" que para Leopoldo Marechal "había sido anunciada por algunos literariamente" pero "sin conocer ni amar sus millones de caras concretas"; o acaso esa "Fuenteovejuna", "especie de fiesta de columnas que recorrían la ciudad sin romper una vidriera" y donde Arturo Jauretche detectó un único pecado, el de "lavarse las patas en las fuentes".

Puedo, por el otro, citar los abigarrados relatos de la ceguera, y evocar a *La Nación*, periódico para el que el 17 de Octubre sólo constituyó un episodio donde confluyeron "grupos revoltosos" e "individuos en completo estado de ebriedad"; o la *Crítica* de Natalio Botana que solamente pudo observar en dicho fenómeno a un conglomerado de "grupos dispersos" que recorrieron "las calles con paso cansino, en medio de la indiferencia y el desprecio de la población"; o al Comité de Coordinación de la Facultad de Ciencias Exactas, que atinó denunciar a ciertas "hordas bárbaras que al amparo policial" habían "cometido toda clase de desmanes y atropellos"; o quizás al Partido Comunista, para el que un "malón peronista con protección oficial y asesoramiento policial azotó al país".

Pero, por sobre todas las cosas, la curiosidad, ese bendito impulso que me estimula a deambular por los caminos de la historia, prefiere en estos casos concentrarse en los antecedentes que suele generar todo jalón histórico. Ella me ha enseñado además que las profundas alteraciones en el rumbo histórico no son producto de seres providenciales sino de miniconvulsiones que van convergiendo hacia un evento mayor que los cataliza. Y así, para poder comprender la trascendencia de esa fecha histórica, cabe recordar entonces que, al tiempo de iniciarse los años treinta, y mientras el país se desplomaba entre la miseria, la humillación y la incertidumbre, especuladores y cipayos pretendían una vez más evitar la expresión popular, y arrogantes economistas preparaban la justificaciónteórica para una nueva fase del saqueo, una nueva esperanza alumbraba incandescente en el seno del alma argentina. Una generación de argentinos comenzaba a despertar de la oscura noche de la decadencia, a expresarse, y a revelar, lenta y paulatinamente, toda su sagacidad con patriótica abnegación.

De esta forma, aquí, en la región del fin del mundo, un conjunto de hombres y mujeres mirando en el espejo de nuestra propia historia empezaba a desmadejar –desde las catacumbas– el entramado de telarañas sobre el que se había asentado un orden material y simbólico que garantizaba el pillaje y latrocinio, y a entretejer, entre el sutil límite del sueño y la realidad, un futuro digno y autosuficiente. Desde esas recordadas catacumbas forjistas, Dellepiane, Del Mazo, Scalabrini Ortiz, Manzi, Jauretche, entre otros tantos hijos de la tierra, escapando a la persecución oligárquica, comenzaron a diseñar el lecho político sobre el que posteriormente se asentaría la correntada popular. Su olfato y la razón histórica iniciaron un proceso que luego se replicó en cada lugar de la patria y, años más tarde, comenzó a fluir, como ese aroma del ceibo que suele perfumar al espíritu nacional cada vez que éste se despierta.

Esa décima generación de argentinos supo de sacrificios y de ofrendas. Sabían que la patria debía ser reapropiada. Sabían que, para que ello aconteciera, debía operarse un oreamiento institucional generalizado, y que, salvo honrosas excepciones, ningún representante de la corporación política y empresarial podía conducir ese proceso, ya que dicha misión les estaba reservada a los hombres libres de ataduras y coherentes en pensamiento y práctica. Sabían además que su actitud los conduciría hacia la crítica salvaje, al ostracismo y a la persecución. Sin embargo, estaban convencidos de que el ser nacional resurgiría necesariamente, especialmente, a partir de esos sectores que habían sido marginados material y culturalmente por el régimen, y donde lo nuestro, lo local, lo propio, seguía resguardado como un tesoro preciado.

Y de esa forma crearon el cauce para que el río fluyera y convergiera hacia ese mar de humanidad que el 17 de Octubre inundó una esplendorosa Buenos Aires, que quizá, por vez primera en su historia, albergó en su cálido vientre a los hijos del país. Quiera Dios que una nueva generación de argentinos pueda abocarse hoy, como aquélla, a diseñar perdurables cauces desde renovadas y fructíferas catacumbas ■

* *fpestanha@sitioima.com.ar*



LA REFORMA DE 1949

CUANDO EL PUEBLO DE OCTU
ENTRÓ A LA CONSTITUCIÓN

POR OSCAR CASTELLUCCI *

El 17 de Octubre de 1945 el pueblo se expresó en la Plaza; en marzo de 1949, por primera vez, en la Ley Fundamental.

Cuando Bartolomé Mitre estampó la frase "de la República posible a la República verdadera" en la introducción a su *Historia de San Martín y la emancipación americana* (1887), nos entregaba una clave esencial (pronunciada por quien, ciertos historiadores piensan, dio inicio a la "organización nacional") para comprender por qué el país de los argentinos parece construido a contrapelo de la realidad. Sin citarlo, retomaba una idea expuesta por su enemigo inconciliable: Juan Bautista Alberdi. El ilustre tucumano, en *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina...* (1852) había anticipado: "La República posible antes que la República verdadera" (en el epígrafe del Capítulo XIII). Es decir, se pronunciaba por una república formal antes que por la real (que se le presentaba indócil para los fines que imaginaba). Por eso también se había preguntado (Capítulo X): "¿Cómo hacer, pues, de nuestras democracias en el nombre, democracias en la realidad? ¿Cómo cambiar en hechos nuestras libertades escritas y nominales?". Interrogantes de los que puede deducirse que los constituyentes de 1853, inspirados por la obra de Alberdi, elaboraron una Constitución racional y formal que se limitaba a delinear un programa para alcanzar, cuando el pueblo terminara de ser instruido/educado (por ellos), en la que no tuvieron en cuenta a la República real, según su historia y sus tradiciones, sino que, como bien lo definen muchos historiadores, legislaron "para los ausentes".

¿Quiénes eran los "ausentes"? Los artífices de lo que, ellos suponían, sería la acción civilizadora de Europa: los inmigrantes (los de la Europa central; no los que vinieron, pero eso es parte de otra historia) y el capital inglés. A ellos se preocuparon de concederles "garantías constitucionales", no a los habitantes reales (criollos bárbaros, vagos y malentretenidos según la óptica de aquella clase dirigente) de la Argentina de mediados del siglo XIX.

El programa para llegar a la "República verdadera" resultó ser una prolongadísima y completa hegemonía de una clase dirigente liberal conservadora que, asentada en el falseamiento de la democracia que pregonaban, nos transformó, Constitución de 1853 mediante, una perla cada vez más devaluada, más "verdaderamente" dependiente, de un imperio británico cada vez más agotado y decadente.

La "República verdadera" demoraba demasiado en emerger. El "período de preparación y transición" que había imaginado Alberdi se volvía fatigoso e interminable. Corría octubre de 1945, fue entonces cuando la multitud, desde hacía bastante espectadora silenciosa, entró en escena, transformándose en "cabecitas negras" y "aluvión zoológico". La historia se aprestaba a cambiar su curso imprevistamente. Eran los "olvidados" en el texto de la Constitución de 1853 –que permanecía inmutable desde 1898– reclamando un lugar como protagonistas. Su lugar en su propia tierra.

El 17 de Octubre, cuando el Pueblo irrumpió en la Plaza, la estructura liberal oligárquica se conmovió hasta sus cimientos. Y era entendible que se conmoviera: sin prisa, pero sin pausa, comenzaría a ser desmontado el andamiaje de la dependencia que la sostenía y alimentaba. Ahora, el Estado había dejado de ser patrimonio exclusivo de unos pocos: desde él se impulsaba una amplia soberanía popular tanto en lo político, como en lo económico, lo social y lo cultural.

Para la pregunta que se había hecho Alberdi en las Bases.. un siglo atrás ("¿Por qué medios conseguiremos elevar la capacidad real de nuestros pueblos a la altura de sus constituciones escritas y de los principios declamados?"), el Gobierno surgido de la movilización de octubre tuvo una respuesta muy diferente: una irrestricta soberanía popular. Y la puso en práctica.

Para las elecciones de febrero de 1946, cuando Perón accedió por el abrumador voto popular por primera vez a la Presidencia de la Nación, de los 15 millones de habitantes votaban 3.405.173 . Es decir que, en aquella vieja Argentina de la Constitución de 1853, sólo tenían derecho a voto uno de cada cinco argentinos. Cuando el peronismo (extraña "dictadura", según la calificaban sus opositores, que obtenía el 62 por ciento de los votos en elecciones libres y no amañadas) fue derrocado en 1955, votaban tres de cada cinco argentinos: el 60 por ciento de los habitantes (extraño "fascismo" éste que multiplicaba la base de la democracia y se asentaba en la soberanía popular).

En esa línea, y para consagrar institucionalmente a la nueva Argentina que había amanecido en Octubre y que se venía construyendo cotidianamente desde entonces, mediante la Ley 13.233, promulgada el 3 de septiembre de 1948, se declaró "necesaria la revisión y reforma de la Constitución Nacional, a los efectos de suprimir, modificar, agregar y corregir sus disposiciones para mejor defensa de los derechos del pueblo y del bienestar de la Nación".

La oposición, la Unión Democrática (básicamente la Unión Cívica Radical), se aferró a una nimiedad para objetar la convocatoria a la Constituyente: según su interpretación, el artículo 30 de la Constitución requería el voto afirmativo de los dos tercios del total de los miembros del Congreso para sancionar la ley de la convocatoria a la reforma (y no de los presentes en la sesión parlamentaria, como sucedió). Y allí se quedó, con un pequeño árbol tapándole el inmenso bosque, perdiendo la posibilidad de acompañar la transformación más profunda que se haya llevado a cabo en la Argentina (si recurrimos a la interpretación más benévola de la situación).

El 5 de diciembre se realizaron las elecciones constituyentes: 1.590.634 votos para el peronismo (109 convencionales), 834.436 para los radicales (49 convencionales); 85.355 para los comunistas (quedaron sin representación) y 180.000 votos en blanco. Fue el último acto electoral que tuvo lugar en la Argentina sin la participación de la mujer (la ley que le reconoció el derecho político a las mujeres se había aprobado en 1947, pero todavía no había culminado el proceso de empadronamiento).

Apenas iniciadas las sesiones, el 24 enero de 1949, la minoría radical insistió con su impugnación y, como naturalmente no fue admitida, se retiraron de la Constituyente (que continuó sesionando normalmente ya que el amplio triunfo electoral obtenido por el peronismo le otorgaba quórum propio).

Lamentablemente, aquella oposición no fue consecuente con este puntilloso formalismo: cuando, derrocado el general Perón, la dictadura militar que lo reemplazó convocó a una constituyente por decreto (en 1957) proscribiendo al peronismo, radicales, socialistas y conservadores participaron sin problemas. Claro, allí no podía existir el problema de los dos tercios: directamente no funcionaba el Congreso de la Nación.

El 8 de marzo, el miembro informante por la mayoría, el doctor Arturo Enrique Sampay, expuso los fundamentos de la reforma
constitucional y
modificaciones
oposición impi
de enriquecerla
polémico. La re
por unanimida
11 de marzo.

Si la Ley Fur
proyecto de Na
1853 había sido
ideología libera
reforma de 194
que el proyecto
peronismo con
Argentina. Su p
implicaba lisa y
mar constitucio
desplazamiento
oligárquicos y c
servador impera
Se trataba, nada
menos, que del
modelo de país
que el siempre
publicitario de
ocupara por de
aspecto primor
su liquidación
siglo de hegem
planteó queaqu
una simple hoja
su verdadero y
posibilitar la re
Tan insistente y
falsa prédica qu
siglo después m
tiendo esa frusl
niventes a sabie



BRE
N

y las propuestas de
. La ausencia de la
idió la posibilidad
as con un debate
eforma, aprobada
d, fue sancionada el

ndamental es un
ación, como la de
o sustentada por la
al conservadora, la
49 no fue otra cosa
o de Nación que el
acebía para la
puesta en práctica
y llanamente legiti-
onalmente el
o de los intereses
del liberalismo con-
ante hasta entonces.
la más ni nada
l reemplazo de un
s por otro. De allí
eficiente sistema
la oligarquía se pre-
esviar la atención del
rdial (que implicaba
después de casi un
onía absoluta) y
uella reforma era
jarasca para ocultar
único designio:
eelección de Perón.
y exitosa fue aquella
ue más de medio
muchos siguen repi-
lería: algunos con-
endas y otros incau-

tos, proclives a la iteración fácil, zonzamente. Es interesante revisar, aunque sea someramente, algo de aquella hojarasca.

Fueron incorporados los derechos sociales, denominados “especiales”: del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura (artículo 37).

También se incluyeron nuevos derechos económicos, que establecieron el principio de la función social de la propiedad privada, garantías generales de la propiedad y normas sobre el objeto y fin del capital, dotando a la reforma de un claro espíritu anticapitalista. “El capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objeto el bienestar social” (artículos 38 y 39). Se explicitaron derechos políticos (de reunión; de elección directa del presidente, vicepresidente y senadores; de elegir y ser elegido sin proscripciones, se modificó el artículo 77 que impedía la reelección presidencial) y los derechos humanos (hábeas corpus, condena al delito de tortura, protección contra la discriminación racial).

Sería injusto concluir esta nota sin una cita de quien fuera el artífice intelectual de aquella reforma, el doctor Arturo E. Sampay, quien refiriéndose al medular artículo 40, dice que: “nacionaliza los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales; nacionaliza también los servicios públicos esenciales y prohíbe, para lo futuro, su enajenación o concesión a particulares, mandando a transferir al Estado los que estuvieran en manos de ellos. Con esto, la Constitución no establece un régimen de monopolio estatal rígido para la explotación de los servicios públicos en general, sino que se limita a prohibir su concesión a empresas capitalistas, esto es, montadas sobre el interés del lucro privado, y deja expedita la vía, por ejemplo, para formas cooperativistas de nacionalización”.

Como puede verse, un verdadero programa nacional que, para algunos, con acierto, constituía un auténtico estatuto legal de la liberación. ¿Se entiende por qué la oligarquía liberal conservadora sintió que estaba en juego su propio destino? Con la sanción de esta reforma, en marzo de 1949, emergía la verdadera “República verdadera”. Era el pueblo de Octubre que entraba en la Constitución y dejaba de estar “ausente”.

Entonces, los herederos redivivos del liberalismo oligárquico decimonónico, frente a esa realidad que cuestionaba de raíz sus privilegios, para defenderlos, para mantener los contenidos profundos, tuvieron que abandonar hasta las formas: la hicieron derogar por un bando militar de la dictadura de turno a su servicio: el 27 de abril de 1956, el gobierno de la autodenominada “revolución libertadora”, “en ejercicio de sus poderes revolucionarios” abrogó la Constitución de 1949 y proclamó la vigencia de la Constitución Nacional de 1853, con las reformas de 1860, 1866 y 1898. Era el símbolo decadente de la “República posible” –vacía de pueblo– en 1956.

Así, desde entonces, la historia, como la nave de Fellini, fue. Y la Constitución quedó expectante de futuro, más allá de los pactos coyunturales que la actualizaron después, a la espera de un nuevo proyecto de País. Así está ■

* *oscar@castellucci.com.ar*

UN ESPEJO LEJANO

POR ERIC CALCAGNO

Transformar nuestra sociedad de modo concreto, con las actuales relaciones de fuerza y el presente sistema de representaciones, tal vez sea posible a través de mecanismos masivos de incorporación al mercado de trabajo.

Como si de una constante se tratase, el 17 de octubre de 1945 es todavía una de esas fechas no resueltas en una historia argentina sin resolver. En efecto, cada grupo político, cada sector social tiene de ese momento una versión que es propia, y que acomoda a las necesidades de la coyuntura. Encontramos todas las interpretaciones posibles, que confunden ese momento entre la marcha sobre Roma o la toma del Palacio de Invierno, como si estuviésemos condenados a repetir hechos propios de otras historias, en una dinámica circular. Por cierto, ninguna interpretación tan eficaz -y dominante- de octubre del 45 como el olvido, hecho a medida del establishment y la complicidad objetiva de conmemoraciones formales.

Tratemos, sin embargo, de esbozar algunas pistas de reflexión.

Desde el golpe de Estado de 1930 (habrá que estudiar la relación entre crisis y golpes, entre gerenciamiento de las salidas de crisis y poder político) las dos grandes corrientes políticas, conservadores y radicales, manejaban un esquema mental heredado de la generación del ochenta. Esa toma del poder, como reaseguro y reproducción de un esquema social, económico y cultural ya no respondía más a las evoluciones concretas.

Porque la crisis mundial, la marcha a la segunda guerra y el propio conflicto dieron por tierra la articulación externa sobre la cual la oligarquía terrateniente vivió sus mejores años. El sistema centro periferia, que había funcionado a pleno durante los cincuenta años de "paz y administración" prometidos por Roca llegaba a su fin.

Había un hecho económico fundamental, producto de las condiciones mundiales y en el cual poco intervenía un país en la periferia: el intercambio de materias primas por manufacturas ya no tenía la misma fuerza, el mismo impacto. Frente a la crisis y a la ruptura de las relaciones económicas internacionales surge la sustitución de importaciones en los talleres de Rivadavia al sur, en las adyacencias de la ciudad-puerto.

También existía una evolución importante en las condiciones políticas: el Estado no era más el testigo lejano pero efectivo de los intereses terratenientes. Para preservar el propio poder, era necesario un Estado que garantizase la continuidad de la primacía política -el fraude patriótico- a la vez que permitiese una salida de la crisis. Nuevos impuestos, juntas reguladoras de carnes y de granos, Banco Central.

Desde el punto de vista social, esa sustitución de importaciones lanzó la era de las migraciones internas. Del mismo modo que los migrantes europeos habían abandonado España o Italia en busca de mejores ingresos, esta vez eran los habitantes del interior que buscaban mejores salarios, producto de la mayor productividad de la incipiente industria. Valía la pena venir a la capital.

Estos tres elementos, sustitución de importaciones, intervención del Estado, éxodo rural explican al menos en parte la aparición de vastos sectores sociales representados sólo de modo desigual en las estructuras políticas de la época. Es cuando existe la posibilidad de nuevos modos de representación política, que comenzaron su gestación antes del 45. El 17 de octubre es la escenificación -gloriosa para algunos, trágica para otros, insoslayable para todos- entre el peso real de esos sectores sociales en al ámbito político. 1945 es también el año donde el aporte de la industria a la riqueza nacional supera, por primera vez, a la agricultura.

Conservadores tradicionales y radicales antipersonalistas periclitan y desaparecen: Nace el peronismo y la intransigencia radical. ¿El camino argentino a la modernidad? El tiempo ha pasado. El ciclo comenzado en 1945 termina en 1976. Desde entonces las estructuras políticas, económicas, sociales han variado.

Allí donde había un discurso con eje en el pueblo como concepto operativo y una práctica política con presencia del Estado, se impuso durante los noventa la defensa del libre flujo de capitales y del tipo de cambio; las políticas de industrialización, de urbanización, de integración social y nacional fueron reemplazadas por la apertura comercial, la desregulación financiera, las privatizaciones, la flexibilización laboral; la captación del excedente económico y de las rentas naturales pasó de manos del Estado -es decir de la política- a manos del mercado financiero y de los grupos económicos concentrados -es decir la no-política-; la demanda interna como motor de la economía fue sustituida por la demanda externa y por el consumo de lujo; la actividad industrial cedió ante el sector financiero; de la unidad nacional a las provincias inviables; la planificación a los planes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, para citar sólo algunos ejemplos.

Hoy también existen sectores sociales que carecen de una representación política formal: Son los 18 millones de personas bajo la línea de pobreza. Pero no son el producto de una dinámica de crecimiento, sino el fruto de la desindustrialización en lo económico, de la deserción del Estado como representante de la Nación, pero sobre todo de la defección de las élites políticas, empresarias, sindicales, eclesiásticas, militares, universitarias.

La salida de la crisis que vivimos en la actualidad, con mayor impacto en el empleo, permite una integración social progresiva al ritmo de la recuperación. Pero el fondo de la cuestión es que la sociedad argentina actual funciona, funciona de manera injusta, desigual según la clase social, y lo que es tal vez peor, esa misma sociedad acepta funcionar con la mitad de la población en la marginalidad. De allí la necesidad para los medios de comunicación dominantes en realizar análisis ahistóricos -"vivimos en presente perpetuo"-, esencialistas -"sólo la inversión extranjera nos salvará", naturalistas -el "problema es que los negros no quieren laburar. Son así".

Transformar nuestra sociedad de modo concreto, con las actuales relaciones de fuerza y el presente sistema de representaciones, tal vez sea posible a través de mecanismos masivos de incorporación al mercado de trabajo. Sin desmerecer los planes sociales existentes, cuyo mérito es evidente, pensamos que las estructuras sociales, políticas, culturales de la Argentina de hoy no resistirán el acceso de los marginales al salario, al consumo y a los derechos sociales básicos.

Algo de eso sabía Napoleón. Frente a la guerra convencional practicada durante el siglo XVIII, donde todas eran figuras de estilo y ganaba aquél que mejor distribuyese sus tropas, Napoleón puso al pueblo en el campo de batalla: Los adversarios no entendían nada. Así fue en octubre de 1945, cuando en una política argentina de caballeros surgieron otros sujetos sociales, otros discursos, otras prácticas.

Nos encontramos entonces frente a la disyuntiva de continuar con los juegos formales, en cuyo extremo están los medios de comunicación (los medios justifican el fin) y el qué dirán internacional; o considerar la naturaleza histórica del momento actual, con sus alcances y sus límites, para tratar de ejecutar políticas distintas, tanto por sus objetivos como por sus resultados, sin ocuparse tanto del que dirán, y si, acaso, de la realidad efectiva ■

EDITORIAL

MONTAR LA OLA

Para que un Gobierno democrático sea viable, indefectiblemente la acción de gobierno debe asegurar la reproducción no sólo económica sino social de un país. Sólo así el mismo será convalidado por la sociedad. Por ejemplo, cuando el Gobierno del presidente Néstor Kirchner estableció las retenciones estaba considerando un derecho a la subsistencia que sería puesto en duda si no se impedía el aumento de precios de los alimentos. Adicionalmente, lo recaudado por las retenciones permite financiar los programas asistenciales cooperando al cumplimiento de ese derecho. Ese derecho hace a la cohesión de la sociedad, y las retenciones son el precio a pagar para que la sociedad no explote en pedazos. Las mismas consideraciones se pueden hacer con las tarifas de los servicios públicos. Esto es la política económica propiamente dicha, la alteración de la supuesta "asignación eficiente" de mercado mediante reasignaciones explícitas de recursos hacia aquellas áreas o sectores, en pos de un objetivo más general que el de la apropiación privada del excedente.

A partir de ese derecho a la vida los argentinos van retomando la iniciativa en la recuperación de los derechos que habían sido "desaparecidos", como veinte años antes lo había sido una generación que había buscado profundizarlos, durante la década de la vergüenza.

No obstante, dicha iniciativa aún no posee un rumbo claro, una estrategia de desarrollo que oriente las diversas políticas hacia un Proyecto Nacional. Ante la falta de brújula, el Gobierno, como los surfistas, busca mantenerse en la ola, sin dejarla pasar ni dejar que se lo trague. Dejarla pasar implicaría el riesgo de quedar solo, sin el apoyo popular, perdiendo la oportunidad histórica que se le presenta de conducirla nuevamente. Que se lo trague, puede implicar el riesgo de balcanizar la sociedad. Para peor hay un fuerte viento desde la costa (o desde el Norte para ser más exactos) que le dificulta la tarea y lo empuja para atrás al exigir un superávit del cuatro por ciento dedicado a pagar la deuda externa.

La tensión por seguir en la ola es evidente. Por un lado la convocatoria al Consejo del Salario Mínimo ha abierto la puerta al enriquecimiento de la discusión laboral y esa preocupación es transversal en mayor o menor grado a todos los poderes del Estado. Así, la remozada Corte Suprema de Justicia reconoce ahora que los trabajadores son seres humanos como los otros y que pueden hacer valer sus derechos gracias al Código Civil. A esto se le suman otros aciertos, como el renacimiento de la industria naviera, que van en línea con la fuerza originada en el deseo de los argentinos de dejar atrás la época de resignar derechos en pos de un paraíso prometido y del cual no hicieron mas que alejarnos.

Esto no hace más que mostrar que los fenómenos económicos no son producto de pretendidas leyes naturales, sino que se originan de una interrelación entre los procesos políticos, que reflejan procesos de creación-afirmación o destrucción de derechos sociales, con la puja de poder propia de la actividad económica.

Es en este sentido donde el Estado debe tener una idea integradora de los dos procesos y hacerlos compatibles, no sólo en el corto plazo, como lo fue durante la etapa de la recuperación económica, sino también en la definición del sendero de desarrollo económico y social que resuma la voluntad de construcción de una sociedad más justa en la que hoy confluimos los argentinos.De cómo se trate de integrar estos dos procesos pueden derivar diferentes formas. Por ejemplo que el Estado se encargue, como en las mejores épocas de los años dorados, o que sea el "mercado" –o sea los grupos oligopólicos– que desde 1976 recuperó el control de los resortes básicos de la sociedad (medios de comunicación, comercio exterior, incorporación de tecnología, producción de alimentos, apropiación del excedente).

Ante la perdida de control de dichos resortes, el Gobierno pareciera mas interesado en emprender una vía intermedia, generando instituciones mesoeconómicas, guardándose la coordinación entre ellas. Si en las ideas esto aparece como algo factible necesita de una lógica de conjunto provista por un proyecto de país. Esto o falta o no se ha logrado difundir a las estructuras del Estado encargadas de poner en pie estas instituciones dada la improvisación o las contradicciones a las cuales asistimos en la actualidad. De esta forma, las idas y venidas en la definición de Enarsa o la contradicción entre anunciar que no existirá libre comercio de automotores en el Mercosur y la posterior propuesta de aceptar cuotas a arancel cero desde Europa son una muestra más de que quienes mejor "leyeron el juego" son quienes se beneficiaron en la década de la vergüenza y que hoy tratan de que el Gobierno deje pasar la ola o, lo que es mejor para sus intereses, que la detenga y que, mientras tanto, "administre" la demanda social. La pregunta obvia es quién "administrará" la cuota de vehículos a ingresar con arancel del cero por ciento, a quiénes se asignará y si no va a ser una forma de volver a la política de los '90 en que las terminales automotrices tenían como única fuente de beneficio la venta en el país de autos importados con arancel preferencial del dos por ciento.

Algo así ocurre con la cuestión de la apropiación de las rentas de las nuevas tecnologías agrícolas. Esto se expresa en el conflicto desatado entre dos de las asociaciones tradicionales del campo y ciertas multinacionales de semillas por el reparto de las rentas tecnológicas de la soja transgénica. La principal multinacional de semillas y agroquímicos amenaza con acciones unilaterales –cobrar regalías en los países de destino– y el Gobierno busca una solución consensuada entre los diferentes actores que no interrumpa el boom exportador (y de las retenciones). Más allá de los resultados de la contienda, los oligopolios están dirigiendo la agenda de los temas de largo plazo como éstos.

El comportamiento de surfista del Gobierno no alcanza, porque es aprovechado por quienes pretenden (y poseen el poder para) imponer sus intereses particulares. Por su parte, las organizaciones sociales no deben quedarse en la enunciación abstracta de la necesidad de un Proyecto Nacional sino que deben acumular poder, preparándose, organizando espacios de reflexión, y participando en la definición de estas instituciones –por ejemplo por qué insistir sobre el control externo de Enarsa y no con la integración en el Directorio de representantes de los trabajadores y de los consumidores e incluso de la industria– haciendo oír su voz hasta que prime la conciencia de que las olas no se detienen, o se las deja pasar o se las monta ■

EL NUEVO ROL DEL BANCO CENTRAL

HACIA UNA POLÍTICA MONETARIA NACIONAL

Debería establecerse el verdadero designio del Banco Central, que es el mismo de todas las instituciones nacionales: servir a los ciudadanos

Con los nuevos cambios en la dirección del Banco Central, el ministro de Economía, Roberto Lavagna, extiende su alcance en el Directorio y el presidente Néstor Kirchner confirma la autoridad del ministro en materia de política económica. Asimismo, se unifica el Directorio en un rumbo más cercano a la heterodoxia en economía. Esto plantea una oportunidad histórica difícil de repetir, considerando la ortodoxia de los últimos presidentes de la institución. Además, el cambio de mando se hace por las vías y los procedimientos previstos, sin quebrar la independencia de la autoridad monetaria, a diferencia de situaciones anteriores similares.

El nuevo presidente del Central recibirá un sistema financiero muy debilitado pero con una tendencia hacia la normalización. En particular, la confianza de la gente en los bancos fue en aumento hasta alcanzar niveles normales y cercanos al período post crisis. Esta mejora de confianza debe ser el punto de partida sobre el cual se deben reconstruir el sistema, esta vez con un papel protagónico para la banca pública, de modo tal que impulse la recuperación del crédito, una de las principales asignaturas pendientes.

En este marco, la intención de establecer una regla fija de la política monetaria, de mantenerse, estaría en orden de ideas similares de épocas anteriores, cuando se buscó eliminar la incertidumbre económica y reducir la tasas de inflación esperada prefijando alguna variable en control del Banco Central. De esta manera, la tasa de interés y la tasa de expansión monetaria fueron los instrumentos clásicos para obtener el resultado buscado.

En términos similares al control de la inflación, el tipo de cambio también se intentó encauzar mediante reglas prefijadas que buscaron influir en las expectativas de los agentes y así determinar los mecanismos de mercado. En la Argentina estás reglas conforman antecedentes de penoso recuerdo, tales como la tablita cambiaria y la reciente convertibilidad del peso al dólar.

La respuesta es siempre la misma. Si bien al comienzo de la puesta en práctica la medida parece dar resultado e influir positivamente en las expectativas de los agentes, tarde o temprano la economía cae presa de sus propias ataduras, y el molde rara vez se rompe sin explotar por completo, generando costos económicos y sociales que trascienden en forma exponencial al contexto financiero.

En este marco, ¿es prudente seguir siempre las modas, como la actual política monetaria de metas de inflación? ¿Cuáles son los riesgos y las ventajas de dicha postura? ¿Cuál debería ser la política del BCRA?

Toda moda es pasajera

Las metas de inflación se pusieron de moda en la última década y fueron adoptadas por una decena de países, entre ellos los vecinos de Chile y Brasil, dos continuos referentes de la economía argentina. Cabe preguntarse si el país debe seguir esta política, como fue la intención de la pasada dirigencia del BCRA y como de hecho se comenzó a hacer en 2004.

En primer lugar, es necesario resaltar que el BCRA ha fallado en sus pronósticos para 2003, cuando estimó una inflación del 22 por ciento. Pero esto no debería asombrar. En las actuales circunstancias resulta poco prudente estimar con un alto grado de certeza la evolución de los precios,ya que aún hay ajustes estructurales pendientes desde la crisis económica y el colapso financiero. Los tiempos de estos ajustes son inciertos y dependen en muchos casos de decisiones políticas y de la dinámica de un contexto internacional sumamente volátil.

¿Qué sentido tiene entonces fijar una meta de inflación cuando su cumplimiento parece poco probable, como demostró el año 2003 y demuestra lo que va de 2004, con una inesperada crisis de energía de desenlace y consecuencias inciertas? En términos de reputación sobreestimar o subestimar la inflación resulta igualmente costoso. El Banco Central deja de ser creíble y da la impresión de que los resultados macroeconómicos están sujetos al azar, o al menos no pueden ser controlados por la autoridad monetaria. El asunto concerniente a la reputación no es menor en la Argentina, en donde luego de los avatares políticos continúa siendo una tarea prioritaria la construcción de instituciones confiables.

Costos y beneficios

Además del costo reputacional, existe un costo de coordinación de políticas que se genera a partir de un Banco Central perfectamente autárquico, como supone el esquema de metas inflacionarias. ¿En qué medida es coherente que el Ministerio de Economía no coordine la política económica y la monetaria? Si bien un grado de autarquía es necesaria para evitar el aprovechamiento del impuesto inflacionario por la administración de turno, que tiene incentivos para actuar con beneficios de corto plazo, una separación completa del accionar del BCRA y el Palacio de Hacienda resulta absurda. El sistema monetario es sólo un subsistema de la economía global, y como tal debe estar subordinado a aquel.

Pero es innegable que el método también brinda beneficios. En particular es importante el esquema de transparencia de la información que rodea la meta inflacionaria. Es resaltable la obligatoriedad por parte del banquero central de explicar claramente cuáles serán los pasos a seguir para alcanzar su objetivo y, luego de conocidos los resultados, la obligatoriedad de responder al cumplimiento o no de la meta. Es decir, los motivos que condujeron a dichos resultados. La explicación clara de la política ex ante y ex post contribuye a la formación de expectativas razonables.

Debe dejarse en claro que la meta inflacionaria no debe ser tomada como una regla, al estilo de otras normas fijas, sino que es un objetivo a alcanzar. De no cumplirse, deben quedar expuestas las razones del incumplimiento.

Política para el crecimiento

Por estas razones es necesario advertir que una modificación en la Carta Orgánica del BCRA que sólo incorpore la meta de inflación como el objetivo único de la institución resulta altamente inapropiada. En su lugar, debería establecerse el verdadero designio del Banco Central, que es el mismo de todas las instituciones nacionales: servir a los ciudadanos. En materia de política monetaria, el BCRA debe también aportar al objetivo de la política económica del Gobierno como un instrumento más en la tarea de generación y redistribución de la riquezas.

En tanto, las expectativas de inflación se mantienen controladas y las tasas de interés continúan en baja, aunque este último proceso deberá de sufrir una profundización en los próximos meses. De otra forma, las pequeñas y medianas empresas seguirán aisladas del mercado de capitales y quedarán fuera del proceso de reactivación económica, verificado por un alza del nueve por ciento del Producto Bruto Interno Bruto en el primer semestre del año.

Las últimas decisiones del Ejecutivo, de no reducir el IVA y modificar la conducción del Central, muestran coherencia en asignarle al Estado un rol activo en la recuperación de la economía. La reducción del impuesto habría dejado librada a la puja oligopólica del mercado y a la voluntad de los empresarios una poco probable baja de los precios. En particular, la reducción de los precios ante medidas similares depende del nivel de concentración del mercado. Y en la Argentina, la concentración en supermercadismo y otras ramas de ventas de artículos minoristas sigue siendo alta y muy lejana a la metafísica competencia liberal.

Para concluir, es necesario tener en cuenta que la coyuntura financiera que hereda la nueva conducción requiere de atención inmediata. Buenos y malos indicadores se distribuyen en la radiografía del sistema monetario. Si bien los créditos aún no responden, la confianza de los depositantes, traducida en un alza sostenida de los fondos depositados, puede ser el puntapié inicial para poner la política monetaria al servicio del crecimiento, la creación de puestos de trabajo y la disminución de la pobreza ■

¿QUIÉN DEFINE AL ANALFABETO?

POR GUSTAVO F. J. CIRIGLIANO

Ser alfabeto, culto y científico según las reglas del imperio es esclavitud para el sometido. Ser analfabeto del saber del imperio y alfabeto de la propia situación es saber verdadero.

¿Quién es el no educado? ¿Quién es el máximo no educado, o sea el analfabeto? ¿Quién lo define como tal? ¿Los organismos internacionales, los funcionarios de un Ministerio, los expertos en educación? ¿Se les pregunta a los incriminados qué sería para ellos ser alfabetizados o educados? ¿O los propios "culpados" –definidos por otros– son tan torpes que no deben ser consultados y han de ser salvados *velis nolis*?

(Como sé poco de analfabetismo acudí al viejo profesor de Política Educacional quien comenzó planteando, un poco retóricamente creo, las anteriores preguntas y siguió:)

De un documento oficial sobre el Plan Nacional de Alfabetización (1989) leo: "Esta manera de llegar a la población ha permitido la superación de la vergüenza de ser analfabeto y tener un primer nivel de asunción de la propia realidad que pasa por reconocer su condición de tal, hasta el animarse a ir al Centro a pesar de las burlas y comentarios desmoralizadores de familiares y/o vecinos por los que casi todos tuvieron que pasar: "ahí va la burra vieja a la escuela". No sólo es definido desde afuera, es vergüenza ser analfabeto, debe asumirse como tal y cargar una sanción social por reconocerse así.

Ser analfabeto significa una carencia. ¿Quién la define? Ser analfabeto o no educado es algo histórico. Según las épocas significará cosas distintas.

Cuando surge la Grecia alfabética, de leer y escribir, la de Cadmo, quienes –en términos de Mac Luhan– no eran "analfabetos del oído" (con el que conocían y conservaban a Homero) se convirtieron en analfabetos del leer y escribir. Ser "alfabeto" es siempre con relación a una cultura, y en verdad, a un proyecto de país.

Es considerado analfabeto el que no alcanza a comprender o captar los elementos esenciales de una cultura. Pero en realidad todos somos alfabetos respecto de alguna cultura y analfabetos respecto de otra. El envanecido ciudadano imperial de hoy *(ejemplificó el profesor)* es analfabeto (ignorante) comparado con un agricultor de la antigüedad en lo relativo al cultivo y aprovechamiento de plantas, semillas, pastos, tiempos y modos de siembra y cosecha.

Ese mismo personaje actual engreído de tecnologías se siente incompetente frente a la capacidad que el hombre llano medieval, que no sabía leer, poseía para descifrar las imágenes/estatuas de una catedral. Las sabía "leer", reconocía a Juan Bautista y su bandeja, San Pedro y sus llaves, la simbología, la historia, el sentido. Podía comprender, en las tres hileras de imágenes que ornaban las arquivoltas ojivales de los portales, las precisas figuras de santos cuya simbología unía, enfrentaba y compaginaba; al leerlas en diversos modos, secuencias y órdenes obtenía significaciones variadas y ricas. Nosotros frente a las escenas que iluminan los vitrales no logramos descifrar lo que cualquier habitante del pueblo captaba en una historia gráfica y luminosa con la misma facilidad con que hoy uno mira la televisión. *(No podía menos que preguntarle: ¿No estará Usted exagerando su interpretación? pero el viejo profesor continuó:)*

En nuestro país ser analfabeto, no educado, significó algo distinto en cada Proyecto de País recorrido: Quien elegía por los "godos" en el Proyecto Independentista era analfabeto, no comprendía lo esencial de la cultura de ese proyecto: Jugar su coraje por una patria nueva y libre. Por lo que cabe diferenciar alfabeto de "escolarizado". En el Proyecto del 80 alfabetización sí significó leer y escribir.

Hoy las sugerencias (¿o imposiciones?) imperio-centrales dictaminan que el analfabeto del siglo XXI será quien no sepa informática, telemática, cibernética, robótica, etc. *(El profesor se deleitaba con las esdrújulas.)* ¿A qué proyecto, a qué sociedad corresponden las "sugerencias"?

No es lo mismo el no saber del imperio que el de un país dependiente (enfatizó el profesor). Ser alfabeto, culto y científico según las reglasdel imperio es esclavitud para el sometido. Ser analfabeto del saber del imperio y alfabeto de la propia situación es saber verdadero.

(Y yo me dije: Puede que el viejo profesor se haya quedado en tiempos preposmodernos. Usted, lector, ¿cómo definiría al analfabeto argentino de hoy? Y ¿cuál es el desde dónde definirlo?) ■

OTRA INTEGRACIÓN ES POSIBLE

POR ANDRÉS MUSACCHIO *

La dimensión económica de un proyecto es importante pero no excluyente. Lo político, lo social y lo cultural deben tenerse en cuenta en un proceso de integración regional.

¿Cuál integración económica? La integración fue estudiada sistemáticamente por la vertiente más tradicional de la teoría económica, mientras la difusión de interpretaciones alternativas es menor. De allí que aquella sea el punto de referencia habitual, lo que, a nuestro juicio, termina a veces desvirtuando el eje de análisis. La ortodoxia afirma que el mayor bienestar se lograría con la imposición del comercio libre mundial, pero, ante la falta de voluntad política, la integración regional puede ser un camino de "segundo mejor", si el aumento en el comercio regional no desplaza a otros productores más eficientes. Sin embargo, así como no puede demostrarse sin supuestos irreales que el comercio libre es siempre la mejor alternativa, tampoco es cierto que el único parámetro para evaluar la integración sea la mayor eficiencia del comercio exterior. La economía es además producción, distribución y consumo de bienes. Es generación de riqueza utilizando riquezas acumuladas como capital y conocimientos. Es la forma en que esa riqueza se reparte. Es también la forma en que se logra retener internamente lo que el país produce. Por lo tanto, la función de la integración, además de mejorar los flujos comerciales, es fortalecer las estructuras económicas nacionales, incluyendo una economía más diversificada, con mejores condiciones para la acumulación y mayor justicia social.

Para analizar así la integración, es poco lo que ayuda la visión ortodoxa. Es que no se trata de hacer un ejercicio de optimización sino de pensar un modelo de país diferente, partiendo de la vieja y perenne consigna de preguntarse qué nos hace más Nación. Por eso, los mecanismos más adecuados y los socios más pertinentes deben surgir del diseño previo de un proceso de desarrollo interno compartido por la mayoría de la sociedad.

El Estado, la sociedad y la integración

La visión tradicional dice que la integración es el mejor camino ante la falta de voluntad para una apertura global del comercio. Ahora bien: ¿Por qué las naciones se empeñan en apartarse del librecambio? La respuesta ortodoxa señala la permeabilidad de los Estados a la acción de grupos de presión. Para mantener su puesto, los funcionarios conceden cosas políticamente convenientes, aunque económicamente indeseables. El razonamiento es endeble. Si la apertura lograra un mayor bienestar para todos, también permitiría ganar votos, aun cuando algunos grupos minoritarios ineficientes se perjudicaran.

Esta visión separa tajantemente política de economía y Estado de sociedad. El Estado es visto como un ente que se sitúa por encima del bien y del mal, con una casta ("los políticos") que actúa desde afuera, como árbitros imparciales. En realidad, en el seno del Estado se manifiestan las relaciones de fuerza entre los grupos, sectores y clases de la sociedad. Por eso, el Estado y la sociedad se encuentran unidos por un vínculo muy estrecho. La política aduanera refleja, pues, la dirección impresa por la propia sociedad y, si atiende los intereses de unos pocos, como en la Argentina del último cuarto de siglo, es porque aquellos concentraron una gran cuota de poder y "persuasión".Por eso, al definir un proceso de integración, el Estado no puede correrse a un costado y dejar todo en manos de los economistas, los consultores o el mercado. La integración presupone un rumbo político previo, cuyos instrumentos procurarán sostener el camino trazado. La protección que se puede retener para la Nación o para la región no necesariamente deviene, así, de concesiones políticas, sino que puede reflejar necesidades concretas de una política de desarrollo.

Para quién es la integración

Desde los años '50, la integración se asoció a cuestiones comerciales. Así, una integración exitosa sería la que permitiese disponer, por la especialización y el intercambio, de más bienes por habitante, indicador que mediría el nivel de felicidad de la población. Esta postura merece observaciones. En primer lugar, la integración comercial prioriza el funcionamiento de los mercados. Pero existen otras dimensiones, incluso económicas, a contemplar. La vulnerabilidad frente a shocks externos, por ejemplo, marca un problema crucial. La renegociación de la deuda es otro problema prioritario, porque condiciona la capacidad futura de acumulación. El desarrollo tecnológico y científico también tiene un rol relevante. Curiosamente, estos problemas aparecieron o se agudizaron en América latina cuando se abrieron radicalmente los mercados. Es que todos ellos denotan la debilidad de nuestros sistemas productivos y no de los mercados. El aspecto económico es importante pero no excluyente; las dimensiones política, cultural, y social, son tan importantes como aquél y deben tenerse en cuenta para un proceso de integración regional más abarcativo y profundo.

En segundo término, reducir la felicidad individual a la mayor disponibilidad de bienes es unidimensionar demasiado al ser humano. No puede cuestionarse la necesidad de alcanzar un nivel material mínimo, pero superado ese nivel otros aspectos cobran importancia. Por eso, aun si la teoría indicara que la apertura y la integración optimizan la asignación de los recursos –afirmación discutible–, eso no redundaría necesariamente en niveles mayores de bienestar. En el fondo, se supone un modelo de sociedad de consumo que caricaturiza rasgos de la sociedad norteamericana para establecer parámetros de racionalidad. Como se ve, incluso los modelos más refinados tienen una carga cultural de la que no logran desprenderse.

Finalmente, los modelos apuntan a grandes agregados, a promedios que ocultan fuertes disparidades internas, agravadas por una distribución del ingreso cada vez más polarizada. El Cono Sur muestra graves problemas sociales, con niveles inaceptables de calidad de vida para buena parte de la población. Inclusión social, empleo y distribución son hoy problemas más tangibles que las imperfecciones de mercado. Eso no debe perderse de vista al evaluar la integración.

Pensar la integración al revés

La integración es una forma que pueden adoptar las relaciones económicas internacionales, buscando fortalecer vínculos con socios considerados estratégicos. Pero esos vínculos más sólidos tienen como fundamento el fortalecimiento de cada uno de los participantes. Esto supone dos condiciones previas: a) una evaluación minuciosa del impacto interno de un proceso concreto de integración y b) la existencia de objetivos internos claros en materia de desarrollo económico y social. Los caminos para el desarrollo son múltiples y cada uno de ellos ofrece facetas positivas y negativas que el Estado debe considerar, tomando en cuenta las pautas sociales en conjunto. En definitiva, la integración debe considerar las trayectorias históricas, las necesidades nacionales, las complementariedades e incompatibilidades entre los socios, que exceden los aspectos comerciales. Esto solo es posible a partir de un proyecto nacional previo, sustentado primeramente en pautas políticas y luego en consideraciones técnicas ■

* *amusacchio@sitioima.com.ar*



UN PUEBLO DECIDIDO A SER NACIÓN

POR VÍCTOR SANTA MARÍA *

A partir del 17 de octubre de 1945, el peronismo se volvió ineludible como una marca que aún hoy persiste en la memoria y la conciencia política de una gran parte de los argentinos.

El 17 de octubre de 1945 marca un antes y un después en la historia argentina del siglo XX. Después de ese día la Argentina nunca volvió a ser la misma que era. Después de la movilización multitudinaria de los trabajadores que colmaron la Plaza de Mayo reclamando la libertad de su líder, después de esa manifestación de un Pueblo decidido a ser Nación, se hizo evidente a los ojos de todos que se iniciaba una nueva etapa en la vida del país.

Quedaba claro para todos. Para los trabajadores y las clases populares, una esperanza siempre postergada comenzaba a convertirse en realidad. Para los representantes del poder económico que había hecho de la Argentina una estancia al servicio de los intereses extranjeros, se confirmaba que ese militar a cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión había venido para realizar los cambios que nos transformarían de aquella colonia en un país independiente. Por eso se habían ocupado de frenar su ascenso, desplazarlo y lograr que se lo encarcelara en la isla Martín García.

El Pueblo no estaba, como nunca había estado, en los planes de los reaccionarios que creían cumplida su misión una vez que Juan Domingo Perón fue desalojado de su lugar en el aparato del Estado. Se equivocaron y no sería la última vez que lo harían creyendo que era posible tapar el cielo con las manos. El Pueblo trabajador se encargaría ese 17 de octubre, como tantas otras veces luego, de demostrarles que ese sentimiento nacional y popular seguía vivo, prometiendo a la Patria "una cosa que empieza con P", en la que se resumían sus anhelos y su voluntad de convertirlos en una realidad efectiva.

Ese 17 de octubre, el nombre de Perón era uno más entre los nombres de esa multitud anónima que no existía para los personeros de la Argentina oligárquica. Era un nombre más, pero era el nombre que esa multitud había elegido para unirse, para organizarse espontáneamente, para gritar su reclamo de la vida digna que habían comenzado a conocer, de los derechos que se habían comenzado a cumplir, de la justicia que los había comenzado a proteger, de un Estado para el que habían comenzado a existir como ciudadanos.

De esa manera imprevista, nacía nada menos que el movimiento nacional y popular más importante de nuestra historia, el peronismo, que por su carácter original resistió las múltiples definiciones pensadas para otra realidad y que no podían dar respuesta al surgimiento de lo nuevo. A la vista de todos, en la calle, de la mano del "subsuelo de la Patria sublevada", como lo describió Raúl Scalabrini Ortiz, quien en esa oportunidad vivió con plenitud esa sensación de "ser uno más que se sabe uno más", que no es otra cosa que saberse parte de un Pueblo consciente de sí mismo y dispuesto a luchar por su identidad.

Y fueron pocos los que pudieron prescindir de definirse con relación al peronismo; sea a favor, junto a las mayorías populares; o en contra, haciendo de comparsa a las minorías que se resistían a perder sus privilegios ante el advenimiento de una nueva Argentina donde los únicos privilegiados serían los niños. "Peronistas son todos" dijo tiempo después el propio Perón, sabiendo que el movimiento que había contribuido a organizar había arrebatado el protagonismo a los profesionales de la política colonial para volverlo a manos del Pueblo al que sabía interpretar como nadie.

A partir de ese 17 de octubre, el peronismo se volvió ineludible como una marca que aún hoy persiste en la memoria y la conciencia política de una gran parte de los argentinos. Pasó mucha agua bajo el puente desde aquel día, pero nada pudo opacar el recuerdo de ese acontecimiento fundacional, que aún hoy vuelve a nosotros con todo su esplendor, como el ejemplo vivo de lo que podemos ser, de esa voluntad colectiva por la autodeterminación, de esa defensa activa de lo que es propio.Porque ese 17 de octubre posiblemente no haya cobrado la significación que hoy conserva si no hubiera sido el umbral de los tiempos más felices del pueblo argentino, en los que forjó la unión inquebrantable con su líder. Donde la identidad de millones de argentinos se marcó a fuego, al tiempo que se consolidaba la puesta en marcha de un nuevo Proyecto Nacional con las banderas de la Justicia Social, la Soberanía Política y la Independencia Económica, que resumía y actualizaba lo mejor de toda una historia de lucha nacional y popular.

Un Proyecto Nacional que movilizó al país en torno del trabajo y la producción, con el protagonismo del pueblo en la construcción de su propio destino, con los trabajadores organizados como protagonistas y columna vertebral que constituía el canal efectivo de integración social.

Un Proyecto Nacional que demostró que era posible una vida digna para las mayorías. Donde las luchas de los trabajadores vieron sus reclamos encarnados en derechos que se hacían cumplir desde el Estado nacional. Un Estado que tenía vocación independiente e impulsaba la autodeterminación de los pueblos. Un Estado que contraponía su voluntad con la del poder económico internacional que veía en él un estorbo para desarrollar sus planes en este rincón del planeta.

Sin todo eso, posiblemente el 17 de octubre no sería más que una fecha entre otras, diluyéndose en el tiempo, confundiéndose en la historia. Pero la vigencia y la actualidad de aquellos principios sociales, de ese espíritu militante y constructivo, de esa voluntad de un Pueblo decidido a ser Nación, es lo que nos devuelve cada octubre a aquel primer 17, con todo un futuro y un destino común por construir.

Este 17 de octubre nos encuentra una vez más en el camino de la recuperación de la dignidad nacional. Ahora que venimos de la etapa más oscura de nuestra historia, donde a lo largo de un cuarto de siglo el objetivo central fue la implementación de un modelo de concentración económica y exclusión social, que hiciera viable el retroceso del país a las condiciones de colonia previas al surgimiento del peronismo. Para esto no dudaron en masacrar a toda una generación de argentinos que significaban un obstáculo, hicieron todo lo posible para destruir el tejido social de organización que atravesaba el país y para quebrar la incipiente industria nacional, como una forma de debilitar la participación de los trabajadores en las decisiones. Para esto no dudaron en meter al país en una vorágine infernal de miedo para la población y endeudamiento acelerado para las cuentas públicas.

Hoy vivimos las consecuencias de esa acción destructiva. Pero estamos una vez más de pie, asumiendo esa decisión de ser un país en serio, con un nuevo Proyecto Nacional y la firme conducción de un Estado que ha vuelto a identificarse con su Pueblo. El trabajo que tenemos por delante es muy grande y por eso es preciso la participación organizada del conjunto de la sociedad comprometida con el bien común. Hoy, como aquel 17 de octubre, los trabajadores organizados estamos comprometidos con el destino del país, aportando nuestra capacidad creativa y nuestra experiencia. Porque el mejor homenaje que podemos hacer a quienes marcaron para siempre nuestra historia con su presencia ese día que recordamos, es mantener vivos esos mismos ideales en nuestra acción cotidiana, para concretar ese futuro mejor con el que soñaron ■

* *vsantamaria@sitioima.com.ar*